

Un sueño robado

Marcelo Cammarano

Image not found.

Capítulo 1

- ¡Volá de acá, pendejo, que te voy a matar! Si te agarro de nuevo, te mato, ¿me escuchaste?

El Rana salió como despavorido de la tienda de Miguel y le hizo viento a su hermano, Gonzalo, que caminaba rumbo a la práctica de fútbol. Lalo miró sobre su hombro mientras su hermano se perdía entre la niebla de la mañana. Resignado, volvió a fijar la mirada en su camino y siguió, pretendiendo olvidar la imagen de su hermano corriendo. Cuando pasó por la tienda de Miguel y vio al dueño en la puerta, agachó la cabeza, avergonzado.

- Más te vale que no salgas igual al delincuente de tu hermano, guacho, sino vas a terminar corriendo vos también.

Gonzalo no respondió y siguió caminando. Aún le quedaban casi dos kilómetros de caminata hasta la cancha de Rampla. Había prueba de juveniles y Lalo ponía todas sus esperanzas en ese pie izquierdo, en esa gambeta, en ese pique corto. Soñaba todas las noches con hacer ese gol en la final. Con levantar la copa. Se veía poniéndola contra el segundo palo, en carrera, y salir corriendo por detrás del arco para colgarse del alambrado. Rampla era el primer paso en ese camino a sus sueños realizados. Volvió a mirar sobre su hombro, esta vez no había nadie, pero él sabía que sí. Mucha gente estaba tras esa niebla. Siguió caminando.

Llegó a la cancha y se presentó ante el entrenador.

- ¿De qué jugás, pibe?

- De puntero, por la zurda. – respondió Lalo.

El entrenador lo miró de pies a cabeza y lo mandó a correr con los demás. Lalo notó como ensayó una mueca de desaprobación con su asistente. El físico de Lalo no era su mayor virtud. Apenas por encima del metro y medio y sin demasiada contextura física. Presa fácil para cualquier zaguero aguerrido, torpe, rústico. Se puso al final de la fila y empezó a correr alrededor de la cancha. El entrenador los llamó para la prueba quince minutos después.

La prueba física la completó, pero terminó exhausto. Los demás aspirantes eran mejores que él en términos físicos y tanto él como los entrenadores lo notaron. Fue por eso que cuando se armaron los equipos para hacer fútbol, a Lalo lo mandaron a trotar alrededor de la cancha con otro grupo. Decepcionado, hizo caso, agachó la cabeza y fue a correr.

En la cancha los dos equipos dejaban la vida. Querían mostrarse. El entrenador miraba desde la línea de cal junto a sus asistente y se comentaban cosas por lo bajo. El asistente tomaba notas en una libreta. Cada vez que Lalo pasaba por al lado de ellos los miraba, esperando la señal para entrar a jugar, pero ellos ni lo miraban. Estaban atentos al partido. El puntero izquierdo de los que tenían chaleco rojo la rompía. Un rubiecito bajito pero rapidísimo, mucho más rápido que Lalo. Y eso que la velocidad era uno de sus fuertes. El pibe ya llevaba dos goles y una asistencia. El otro puntero, el de chaleco verde, también era bueno, aunque no tanto como el otro. Lalo debía reconocer que los veintidós pibes que estaban jugando lo estaban haciendo de buena manera, pero estaba ansioso por tener su chance.

De a poco fueron entrando los pibes que daban vueltas a la cancha, hasta que le tocó el turno a Lalo. Entró y cuando le pasaron la primera pelota, por culpa de los nervios, esta se escabulló bajo la suela del zapato del pibe y se fue por el lateral. Se maldijo a sí mismo. Vio como el entrenador le comentaba algo a su asistente y este anotaba. Cuando le tiraron la segunda pelota se aseguró de clavar el pie en la tierra para que no repetir lo anterior, pero lo clavó tan fuerte que la pelota impactó contra la cara interna de su pie izquierdo y rebotó tres metros, lo que provocó que el lateral derecho robara el balón y se fuera en velocidad por la banda. Sus compañeros ya lo miraban con cierta molestia. Al fin y al cabo, todos se estaban mostrando y Lalo no paraba de perder pelotas.

Cuando faltando diez minutos para terminar la práctica, el lateral derecho, con cierta displicencia, comenzó un ataque por su sector, Lalo supo que era ahora o nunca. Aceleró tras su marcador, que llevaba la pelota apenas pasada la mitad de la cancha. Corrió hasta alcanzarlo y con su rápido pie derecho robó el balón que llevaba su rival punteándolo, dejándolo en pies del número cinco. Cambió de dirección y aceleró lo más rápido que pudo por su carril, su compañero lo vio y lo puso en carrera. El entrenador se quitó los lentes y centró la vista en Lalo, que ahora corría con pelota dominada en tres cuartos de cancha. Sin el lateral delante, solo quedaba pasar al zaguero para quedar mano a mano con el arquero. Fue entonces que enfiló hacia ese ogro de un metro ochenta y pico que venía hacia él dispuesto a llevarse la pelota y si podía, dejarle algún recuerdo marcado de aquel entrenamiento. Lalo, mucho más liviano, pasó su pierna derecha por sobre la pelota, y con la zurda la apartó de su rival, que pasó expreso a chocarse con el aire, mientras el chico lo esquivaba y quedaba de cara al gol. El delantero de área, que no paraba de pedirle pelota, hizo silencio cuando lo vio hacer semejante maniobra y quedar mano a mano. Ahora parecía un hincha deseoso de que la pelota terminase en la red. El joven arquero, dispuesto a no hacer el mismo ridículo que su zaguero central, no dudó en tirarse a los pies de Lalo en busca de la pelota, aunque tuviera que cometer penal, se haría de la pelota. Lalo, veloz, hábil, y desesperado por dejar atrás una dura niñez y un futuro para nada alentador, *picó* la pelota por sobre la humanidad del arquero, para que esta entrara mansa

por el medio del arco. Gol, y un ensayo de lágrima cayó por el ojo del chico. Miró al cielo buscando complicidad. El nieve de área corrió hacia él y lo levantó del piso con una amplia sonrisa. El entrenador volvió a comentarle algo a su asistente.

Cuando terminó la práctica y Lalo se estaba cambiando para irse, el asistente del entrenador se acercó y le dijo que mañana lo quería acá de nuevo. Era su segunda oportunidad. Lalo asintió lo más serio que pudo, aunque por dentro moría de felicidad. Colgó la mochila en su espalda y volvió a su hogar caminando. Allí estaba el Rana, su hermano, fumando en el cordón de la vereda con sus amigos.

- Mañana te necesito acá, Lalo. Nos tenés que dar una mano con un laburo.

El chico no hizo caso y entró a su casa. Sacó los botines de su mochila y los colocó bajo la cama. Fue a bañarse. No quería saber de nada con esa vida. Gonzalo y el Rana solo estaban unidos por lazos de sangre, y el más joven hubiese preferido no compartir ni siquiera eso. Las malas costumbres de su hermano los habían llevado a tomar caminos distintos aún compartiendo el mismo hogar. Por suerte para Lalo, su hermano casi nunca estaba, pero cuando aparecía, era una señal de peligro inminente.

Cuando salió de la ducha, su hermano lo estaba esperando. Le ordenó que mañana debía ayudarlo. Que con su pequeño tamaño se había convertido en pieza clave para el trabajo. Que ningún otro podía hacerlo. Lalo se negó rotundamente. El Rana lo tomó del cuello y lo arrinconó contra la pared. Le dijo que no tenía opción, que más le valía que mañana saliera con ellos bien temprano. Lalo se asustó y no dijo nada. Su hermano lo soltó y se fue.

A la mañana siguiente, Lalo pensó en un plan. Se iría antes de tiempo, para así cuando su hermano se levantara ya no lo encontraría, de esa manera podía ir a la práctica y no ayudar al Rana y sus amigos. En su cabeza, sonaba como el plan perfecto. Pero en su corta vida, jamás nada había salido acorde al plan. Para su sorpresa, cuando fue a guardar las cosas del fútbol en su mochila, sus botines no estaban. Revisó por todo el cuarto sin éxito. Se desesperó al ver que no tenía los zapatos de fútbol en su poder. Fue al living de su casa y ahí vio al Rana, ya despierto, esperándolo. Temió preguntarle por los zapatos, pero estaba seguro que él tenía algo que ver. De todos modos, su cara lo delató.

- ¿Perdiste algo, pendejo? – preguntó desafiante.

- Dame los, Matías. ¿Dónde están?

- ¿Para qué los querés? Si no los vas a usar.
- Te dije que me los dieras, Matías. Tengo práctica.
- No, vos no tenés práctica. Vos vas a venir con nosotros.

Gonzalo masticó bronca y vio como su oportunidad se desvanecía. Agachó la cabeza, volvió a su cuarto y dejó atrás su última esperanza. Se oyó un portazo que retumbó por toda la casa.

- Nos vamos en diez minutos. Nos tenemos que apurar porque Correa se va a trabajar en un rato y es nuestra chance.

El entrenador pasó la lista. Nadie respondió al nombre Gonzalo.